

ORGANIZACIÓN MUNDIAL DEL COMERCIO

WT/MIN(99)/ST/5
1º de diciembre de 1999

(99-5243)

CONFERENCIA MINISTERIAL
Tercer período de sesiones
Seattle, 30 de noviembre - 3 de diciembre de 1999

Original: inglés

BRASIL

Declaración del Excmo. Sr. Luiz Felipe Lampreia, Ministro de Relaciones Exteriores

Allá por 1993 y 1994, después de siete años de intenso trabajo, quienes participamos en las negociaciones que condujeron al establecimiento de la Organización Mundial del Comercio teníamos todos la sensación del deber cumplido, pero muchos no podíamos evitar ciertos temores en cuanto a los resultados que habíamos obtenido.

Por entonces, igual que ahora, existía el sentimiento de que el sistema multilateral de comercio aportaría beneficios muy limitados a los países en desarrollo. Seis años después, este hecho parece oculto para muchos sectores de los países desarrollados que han venido a esta Conferencia a abogar por viejos y nuevos mecanismos proteccionistas, la mayoría de ellos esencialmente dirigidos contra las exportaciones de las economías en desarrollo.

Si escuchamos atentamente sus argumentos, podemos llegar a creer que las exportaciones de los países en desarrollo, que en el mundo representan menos de un tercio de las exportaciones totales y principalmente comprenden materias primas, han pasado a ser la principal amenaza para el bienestar social y económico de las naciones ricas. Semejante distorsión de la realidad, acompañada de grandes suspiros como nunca se habían oído antes, podría resultar apenas patética si no fuera por la repercusión que tiene en el entorno político de los países desarrollados, tal como lo podemos presenciar aquí en Seattle.

Absurdamente, los países en desarrollo están en el banco de los acusados, para responder a las acusaciones tanto de los nuevos como de los viejos proteccionistas, de que se aprovechan del dudoso beneficio de ser pobres. Recurriendo a imágenes manipuladoras como la de "dumping social", desean estrechar aún más el sistema multilateral de comercio hasta el punto en que los intereses de los países en desarrollo se tiren por la borda.

Estos argumentos falaciosos, junto con las perspectivas miopes que expresan, deben resistirse. Confío en que así sea. Porque debemos avanzar en un sentido totalmente opuesto: el de completar el trabajo que llevó a feliz término la historia de la OMC y el de eliminar los desequilibrios que hacen de esta organización, para muchos de nosotros, un éxito incompleto.

Permítanme citar a un hombre que, más que ningún otro, ayudó a crear la OMC, Peter Sutherland: "Los peligros de socavar la credibilidad de la OMC, erosionar su autoridad y limitar su eficacia, son reales. El mundo perdería mucho si la OMC no puede funcionar como debe".

El Brasil se cuenta entre los primeros países en expresar su apoyo a una nueva ronda de negociaciones comerciales multilaterales.

Se necesita una nueva ronda no solamente para abordar las cuestiones pendientes de la Ronda Uruguay sino para equilibrar el sistema multilateral de comercio, que tiende a concentrarse en algunos sectores.

Se necesita una nueva ronda para asegurar la plena integración de los países en desarrollo en la OMC, compartiendo tanto sus derechos y beneficios como sus cargas y obligaciones.

El Brasil cree que la principal responsabilidad de esta Conferencia y el aspecto central del mandato que debe elaborar consisten en abordar las distorsiones más graves que persisten en el comercio internacional. En especial el comercio de productos agropecuarios. Ya no se puede aceptar que algunos países, casualmente algunos de los más ricos del mundo, puedan negar un acceso razonable a sus mercados a los productos agropecuarios mientras piden que los demás abran sus propios mercados aún más a los productos con los cuales pueden competir sin riesgos.

Es aún menos aceptable que esos mismos países puedan subvencionar con decenas de miles de millones de dólares sus propias exportaciones de productos agropecuarios a otros mercados y desplazar deslealmente las exportaciones de los demás. En el sector agropecuario, los aranceles aplicados por los países más ricos son cuatro veces mayores que los que aplican los países en desarrollo a los productos manufacturados.

Se prohíben las subvenciones a la exportación de productos manufacturados, pero se permiten generosamente para que los países ricos puedan vender sus productos agropecuarios y derrotar a cualquier precio a la competencia leal. Pero, a diferencia de los productos manufacturados, no se impone límite alguno a los créditos para la exportación de productos agropecuarios, de modo que la competencia resulta virtualmente imposible para quienes no cuentan con el generoso apoyo de los fondos del erario.

Este juego se llama discriminación. Una intolerable discriminación entre algunos tipos de productos y otros. Entre los productos con los cuales los países ricos son competitivos y los otros, en los que no lo son. Discriminación entre países que cuentan con fondos para subvencionar y los que carecen de ellos. El comercio de productos agropecuarios, en su estado actual, es el único trato especial y diferenciado en la OMC, desgraciadamente en beneficio de quienes no lo necesitan.

El Brasil desea los mismos niveles de acceso a los mercados y las mismas disciplinas para los productos que exporta como los países desarrollados han llegado a esperar para sus propias exportaciones a nuestro mercado.

No sólo que todos los sectores deben someterse a las mismas normas y disciplinas: también deben ofrecer oportunidades equivalentes para remediar situaciones con arreglo al mecanismo para la solución de diferencias.

Para llegar a un sistema eficaz, equitativo y accesible, tenemos que ocuparnos de las limitaciones existentes en algunos acuerdos, que afectan seriamente la utilidad del Entendimiento para la solución de diferencias, por ejemplo en el caso de medidas antidumping.

Basta este ejemplo para recordarnos cómo un instrumento originariamente destinado a impulsar un comercio justo puede caer bajo la dominación de intereses especiales y convertirse pura y simplemente en un proteccionismo legalizado.

Tras cinco años de aplicación, algunos de los Acuerdos concertados en Marrakech requieren una profunda revisión y probablemente también deban modificarse. El proteccionismo de los países desarrollados tiende a aumentar. Aquí y allá, las preocupaciones genuinas y la buena fe de la población se aprovecha como disfraz. Las normas ambientales y del trabajo, normas para las que la comunidad internacional ha creado reglas específicas, que ha encomendado a organismos

especializados, son dos de las nuevas cuestiones que se traen al debate sobre el comercio y de una manera que deja mucho espacio para la suspicacia. No estamos convencidos de la necesidad de modificar con tal fin los Acuerdos de la OMC.

El Brasil ha emprendido profundos cambios desde el final de la Ronda Uruguay. En el curso de los últimos seis años, nuestro país avanzó rápidamente hacia una integración más profunda en la economía mundial. Dos cifras son suficientes para demostrarlo: nuestras importaciones se han expandido considerablemente, de 25.000 millones de dólares en 1993 a 57.000 millones el último año; la afluencia neta anual de la inversión extranjera directa aumentó de 700 millones de dólares en 1993 a 26.000 millones en 1998 y a más de 30.000 millones en los últimos 12 meses.

Entre las nuevas economías en expansión, el Brasil es uno de los principales beneficiarios de la llamada mundialización. Pero también hemos sufrido las consecuencias de unos de los males de la mundialización: la enorme volatilidad de las corrientes de capital y el comportamiento de rebaño de los mercados financieros, los que, según la teoría económica, deberían actuar de manera perfectamente racional.

Si el entorno del comercio internacional hubiera sido menos inestable, tal vez el Brasil habría podido contar con mejores defensas para evitar los efectos de contagio de las crisis en otras regiones. Al fin y al cabo, parte del escepticismo de los mercados financieros durante esas crisis puede atribuirse a su falta de confianza en nuestra capacidad de aumentar las exportaciones frente al renovado proteccionismo implantado en algunos de nuestros principales mercados.

Sin embargo, en ningún momento retrocedimos en lo que respecta a nuestros compromisos de cara a la OMC. Por el contrario, seguimos adelante con la liberalización del comercio, la desregulación y la privatización, porque creemos que responde a los propios intereses del Brasil.

Si el juego se llama comercio libre y equitativo, y la mayoría de nosotros pensamos que así debe ser, queda aún mucho por hacer para mejorar las reglas con las que jugamos.

Todos sabemos que el mundo es un campo de juego sin niveles, pero es imperioso que, por lo menos, todos los jugadores puedan tener la seguridad de que hay reglas que se aplican a todos por igual, reglas que no están escritas para proteger al fuerte de sus propias debilidades ni para prevenir que el débil aproveche sus propias ventajas.

Éste es el negocio que tenemos entre manos ahora aquí y en los próximos años.
